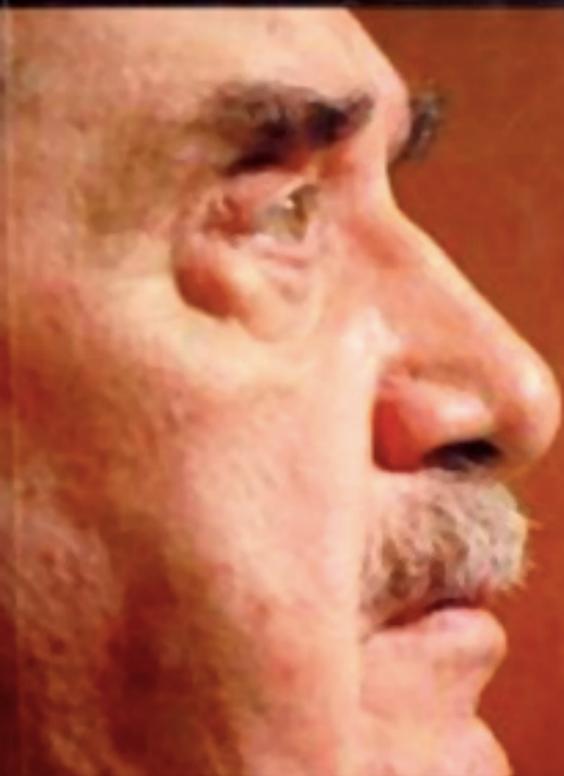


CRÓNICAS de ALFONSO



ROBERTO SUÁREZ

mkt/Editores

**Diálogos sobre carapintadas
y el encuentro con un jefe guerrillero
5 de abril de 2009**

Por María Laura Avignolo, en Diario Clarín

“A mí no me van a imponer la economía sobre la política”, repetía el presidente Raúl Alfonsín ante cada crisis, en el escritorio luminoso de su despacho de la avenida Santa Fe, en sus discusiones con los militantes y los amigos. Logró convertir a su economista y confidente Mario Brodersohn en un político emocional, y al ex ministro de Economía Juan Vital Sourrouille –probablemente su amigo más querido y respetado–, en una brillante cabeza política. Cuando me enteré de su muerte, lo primero que pensé fue en ir a su funeral, pero yo estaba en Londres cubriendo la Cumbre del G-20. Decidí quedarme y no viajar a sus exequias al pensar en aquella frase.

Alfonsín podría haber visto que sus ideas no eran las de un soñador ingenuo: en Londres los líderes mundiales consiguieron un nuevo orden económico global haciendo política, su pasión y su herramienta para construir consenso, algo siempre difícil en la Argentina. Hoy estaría encantado con el resultado de la Cumbre. “Persuadir” era su palabra favorita. La usaba incansablemente, en especial para convencer a sus adversarios políticos, con esa habilidad infinita para conseguir del otro lo que exactamente tres minutos antes no hubiera aprobado. Y llegaba entonces la técnica de “la manito”: miraba a los ojos, agarraba la mano del otro y comenzaba el proceso de seducción. Quienes lo conocían, sabían que la batalla iba a ser ganada. Cuando “la manito” le tocaba a otro radical, Alfonsín repetía con gracia: “Yo soy como las palomas de campanario: siempre cago a los fieles”. Al presidente Alfonsín no le gustaba que otros radicales estigmatizaran a sus adversarios, especialmente a los

peronistas. “No seas gorila, fulano es un hombre de bien”, repetía, aun cuando las negociaciones con los menemistas podían ser más que indigeribles.

Podía discutir apasionadamente sus diferencias, pero detestaba descalificar a los otros por las ideas. Su relación con los Duhalde se hizo intensa y sentía un inmenso cariño por “Chiche”, aunque no entendiera bien eso de que los divorciados no pudieran entrar a su casa. A Alfonsín, el socialdemócrata que impuso la Ley de Divorcio en la Argentina, tampoco le gustaba la idea de ver a sus más queridos divorciados: en cada crisis emocional de sus amigos, siempre intentó “persuadirlos”. Alfonsín vivió y murió en la modestia: la había elegido como estilo de vida. Siempre recordaba un viaje a Europa antes de ser presidente de la Nación, junto a quienes meses después serían sus ministros.

Allí estaban Roque Carranza, con sus anteojos rotos reparados con cinta scotch; Dante Caputo, con su sobretodo verde —que él creía marrón porque es daltónico— y su look de francés existencialista, y Germán López, con un fuerte ataque de asma. Y el futuro presidente de los argentinos, con la vieja valija de combate. Bajaron todos en la estación londinense de Charing Cross para alojarse en el hotel que está en el primer piso. Un portero gallego los atajó en la puerta, cuando vio al grupo: “No, muchachos. Esto no es para ustedes, es muy caro”. Y los llevó personalmente a un hostel para inmigrantes paquistaníes que estaba a la vuelta. “Imaginate la pinta que tendríamos”, recordaba Alfonsín, entre carcajadas. Los argentinos se enamoraron de él en 1983, pero se desencantaron después de las “Felices Pascuas” de Semana Santa y de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

A la verdadera historia de la rebelión carapintada se la llevó a la tumba. Y así fue a pesar de los intentos de los amigos para que contara descarnadamente aquellos días. Él des-

dramatizaba su rol, se sentía incomprendido y víctima de una versión de los hechos deformada y estereotipada por cierta prensa. Pero lloraba de risa cada vez que el ex ministro de Defensa Horacio Jaunarena y su ex viceministro Raúl Alconada Sempé contaban cómo se iban enterando que todos los cuarteles caían en manos de los carapintadas, a pesar de los desmentidos del jefe militar en su despacho. Alconada, cuyo humor Alfonsín adoraba, solía teatralizar aquellos diálogos: –“Mi general, nos informan que ha caído Corrientes”, decía Jaunarena. –“Imposible”, repetía el general. –“¿Puede chequear, mi general?”. Y cuando el general llamaba se confirmaban las peores noticias. Hasta que la rebelión llegó a la base de San Luis. –“Eso sí que no, señor ministro. Imposible, es un aliado”. –“Chequee, mi general”. El general llamó y pidió hablar con el jefe de la base. Un suboficial respondió destempladamente que no podía atenderlo. –“Llámelo”, ordenó el general. –“Imposible, mi general. Está encadenado al inodoro”. La gente se va a enterar ahora que el líder de la rebelión, Aldo Rico, un día lo saludó calurosamente cuando lo encontró en el restorán Lalín.

Alfonsín murió sin que el capitán Breide Obeid le pidiera perdón personalmente –como él quería– por su rol en la rebelión. Cierta vez, en plena dictadura militar, Alfonsín decidió emprender una de sus hasta ahora secretas y más difíciles misiones políticas. Encontrar en la clandestinidad a Roberto Santucho, jefe de la guerrilla del ERP y de padre radical, para “persuadirlo” de abandonar las armas. Se encontraron cara a cara en los suburbios del Gran Buenos Aires. Cuando Alfonsín me contó el encuentro en París aún se emocionaba: “Tenía esa educación de una buena familia del interior del país. Inteligente, respetuoso, muy carismático. Pero jamás me olvidaré de su sonrisa, casi angelical. Sabía escuchar, argumentar con calma. Por supuesto, no aceptó mi propuesta y a la semana siguiente desapareció”.

La última vez que hablamos por teléfono fue en octubre. Me llamó a París para agradecerme dos bastones de caña de Malaca, que le envié desde Paquistán, después de que me enteré que se había caído. El era muy coqueto, no quería usar los bastones ortopédicos y se apoyaba sobre uno más delgado que le había regalado otro amigo. Su hijo Javier me contó de la caída y busqué en todos los “bazaar” de Islamabad dos sólidos bastones, en los que se podía apoyar con seguridad, que le envié a Buenos Aires. Por sobre todo, el gesto le parecía una extravagancia divertida, pero usó el bastón filigranado, con mango de búfalo, en un último homenaje público en la Casa Rosada.

“Hija, esta enfermedad viene cuando tengo que escribir todos los discursos para los homenajes de Honoris Causa que me están dando. No sé cómo me las voy arreglar”, me contó. Estaba listo para pelear, no imaginaba entonces que sería tan rápido el final. Aún recuerdo cuando me lo encontré en Añatuya, Santiago del Estero. La Guerra de las Malvinas había terminado. Sin plata, el famoso sobretodo gris oscuro y con su vieja valija negra desvencijada iniciaba su campaña con la sola compañía electoral de su jefe de prensa, Carlitos Castro. Allí, en el bar del hotel, experimenté la primera “persuasión alfonsinista”: renunciar a mi trabajo y sumarme a la campaña para ser el último soldado de su Armada Brancaleone. Desde entonces, Alfonsín fue para mí no sólo el gran demócrata y humanista que llegó a la presidencia, sino mi amigo. Mi roca y ayuda cuando mi padre enfermó; mi otro papá, mi más severo y cariñoso crítico.